

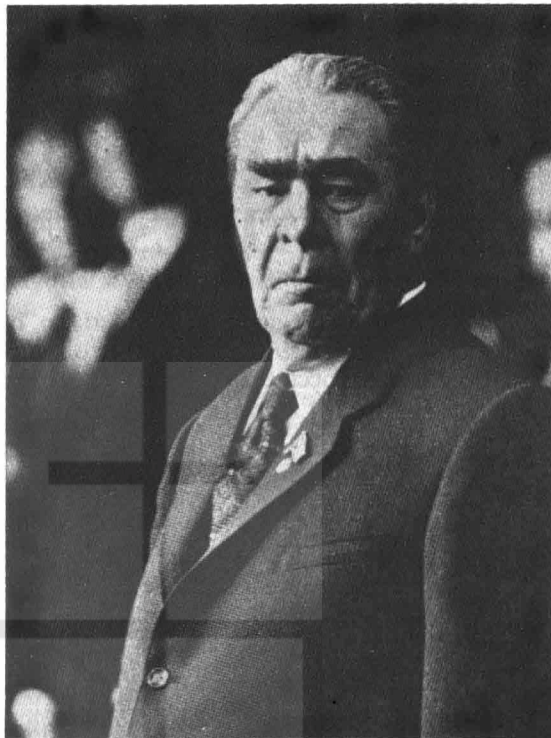
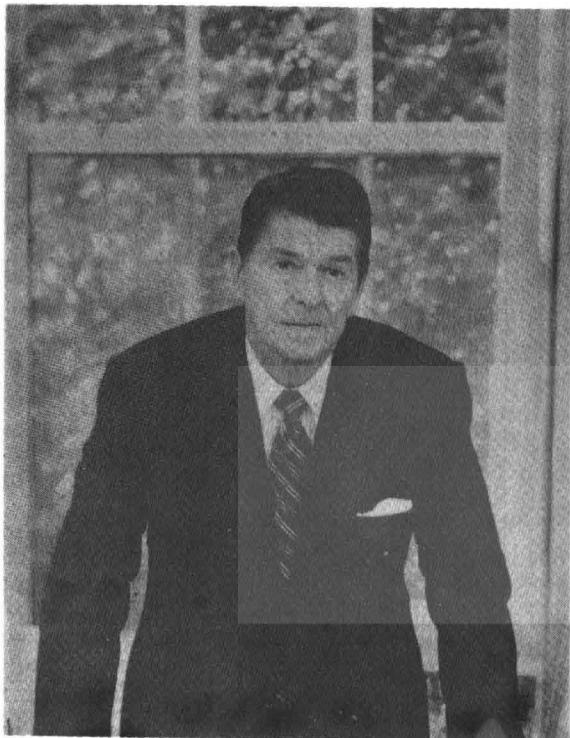
CONFRONTACION ESTADOS UNIDOS - EUROPA

El problema del gaseoducto siberiano ha hecho crisis, produciendo el conflicto entre EE.UU. y Europa occidental más grave después del de Suez en 1957. La raíz del problema parece estar en una diferente apreciación a ambos lados del Atlántico sobre la naturaleza y la gravedad de la crisis económica que atraviesa la URSS y los países socialistas y sobre las oportunidades que eso ofrece para liquidar el sistema socialista.

Los expertos de inteligencia de los EE.UU. han transmitido al equipo Reagan una imagen de la economía soviética y del campo socialista endeudada con el occidente, dependiente de sus importaciones (en parte por las malas cosechas), y —lo que ha impresionado más al equipo presidencial— con problemas de liquidez serios para hacer frente a esas deudas y pagar esas importaciones. No hay duda que los problemas existen, aunque no sabemos aquí su medida exacta ni su gravedad. La URSS ha estado vendiendo oro, platino y diamantes en un mercado inclinado a la baja, para obtener medios de pago internacionales. Por otra parte sus ingresos por venta de petróleo se han reducido y en este sentido la URSS estaría sufriendo la misma presión financiera que afecta a los países de la OPEP. La misma venta de grano de los EE.UU. a la URSS tiene el efecto, que tanto proclama el gobierno Reagan en respuesta a los europeos, que les acusan de hipocresía, de extraer a la URSS grandes cantidades de dólares en efectivo. De ahí que continúen vendiendo trigo, porque, a la vez que contentan a los granjeros norteamericanos y a su poderoso lobby, hacen gastar divisas a la URSS. A estas dificultades propias de la Unión Soviética se añaden la reducción en las exportaciones de los países socialistas hacia el occidente (el carbón de Polonia, por ejemplo), que se endeudaron internacionalmente, previendo demasiada optimistamente una evolución positiva de la demanda internacional por sus productos. La reducción del comercio internacional ha afectado también a los países socialistas, especialmente a aquellos

que trataron de modernizar sus economías estableciendo lazos más estrechos y complejos con los países capitalistas. La falta de desarrollo autosostenido y autofinanciado en Vietnam, Cuba, Etiopía, la guerra de Afganistán, son también factores que agravan el panorama financiero soviético.

El gobierno Reagan ha llegado al convencimiento de que las dificultades financieras de la URSS y de los países socialistas son tales que hacen a sus economías sumamente vulnerables a las actividades de la guerra fría. Aumentando desde fuera esta presión se puede humillar a los países socialistas, reducirlos a una inferioridad militar y provocar movimientos de protesta, de contestación y, si se apoyan convenientemente (como propuso Reagan en Londres), incluso movimientos de "liberación" al interior de la URSS y del campo socialista. Este aumento de presión se debería aplicar en tres puntos claves: asignación de recursos, tecnología y liquidez internacional. Para afectar la asignación de recursos entre los dos usos alternativos: el civil y la defensa (armamento), el gobierno Reagan ha desafiado a la URSS a una carrera de armamentos, encubierta con unas negociaciones, que tienen por objeto sacar ventaja propagandística de la necesidad de renovar el arsenal atómico de los EE.UU. En los días de sinceridad anti-soviética tanto Reagan como Weinberger lo dijeron claramente: "vamos a obligar a la URSS a emplear en defensa más recursos de lo que puede soportar su economía" (citando libremente). En la actualidad no suelen hablar tan claramente, pero siguen pensando lo mismo. En cuanto a la tecnología, la intención del gobierno norteamericano, también declarada por Weinberger, es estrangular el flujo de la tecnología occidental y japonesa hacia el campo socialista, para impedir su renovación tecnológica y rebajar su competitividad internacional, tanto civil como militar. En esta dirección van las medidas que restringen la exportación de materiales, equipos y componentes "de valor estraté-



gico”, denominación que cubre todo lo que es tecnología moderna. Y finalmente, para agravar los problemas de liquidez internacional el gobierno de los EE.UU. está insistiendo tanto, en la cumbre de Versailles y en la de Bonn, para que Europa occidental restrinja los créditos, en cantidad y en calidad, al campo socialista. En este contexto se inscribe la oposición al gasoducto famoso. Aquí, por su puesto, no se trata de mostrar una cólera santa por la situación de Polonia, lo cual es un pretexto que nadie se cree; ni siquiera es una cuestión de transferencia de tecnología, ya que la tecnología implicada no es especialmente sensible. Aquí se trata de evitar que a partir de 1985 la URSS reciba un ingreso anual en moneda extranjera de unos 10.000 millones de dólares. Esos ingresos aliviarían la presión financiera que hoy sufre la URSS y servirían probablemente para equilibrar su balanza de pagos con los países capitalistas de Europa.

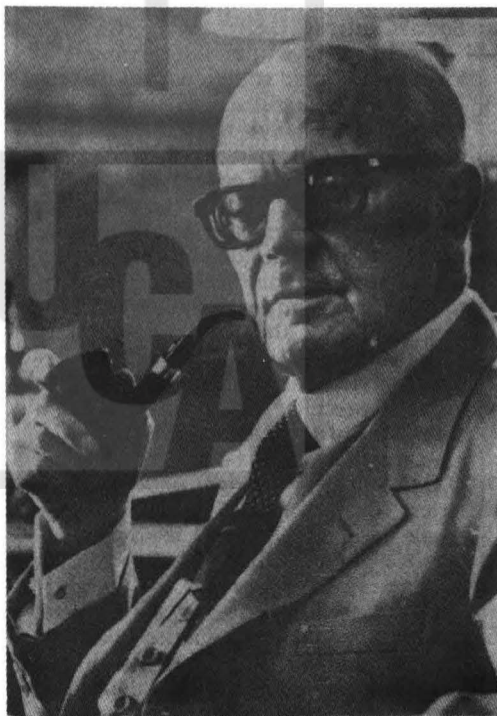
Europa occidental no está de acuerdo con este análisis. Su clase gobernante, socialdemócratas, democristianos y liberales, piensa que ni se puede ni se debe tratar de quebrar económicamente y, a través de la economía, al sistema

socialista. La economía soviética es básicamente autosuficiente, si exceptuamos los años de malas cosechas, y está preparada para resistir un largo bloqueo económico, que sólo podría ser marginal. Creen además que mayores dificultades económicas no conseguirían cambiar el sistema político de la URSS, sino que lo harían más rígido y estricto. Ni les parece que el comercio internacional sea un arma adecuada de confrontación política, sobre todo cuando es un comercio relativamente poco importante, como es el caso entre Europa occidental y los países socialistas, que supone un 2% del PNB de las mayorías de los países de aquella. Y si esto es así en tiempos normales, el manipular el comercio en tiempo de crisis económica y de creciente desempleo es especialmente indeseable e inoportuno. El ministro Cheysson lo dijo con todas las letras: Europa no va a entrar en una guerra económica contra los países socialistas”. “Europa occidental se pronunció el pasado mes de junio en la cumbre de Bonn por una “genuina distensión”, que, para los europeos, significa: una distensión no sólo de palabras y gestos vacíos, sino una distensión en la práctica cotidiana de la convivencia internacional. Confían también en que con un comercio

normal se intercambian ideas y proyectos sociales, que pueden llevar al acercamiento mayor de los dos sistemas y eventualmente a una "democratización" del sistema socialista.

Las nuevas medidas norteamericanas contra el gasoducto han llegado demasiado pronto después de Versailles, para el gusto de los gobernantes europeos. En la reunión cumbre europea del 2 de julio en Bruselas se dijeron cosas muy duras contra el presidente Reagan, que sólo la amistad de la señora Thatcher logró que no salieran en el comunicado oficial. Parece que Reagan también estaba decepcionado y bravo con Versailles; parece que quedó chocado, cuando comprendió que la exégesis francesa y alemana de la cláusula sobre los créditos a la exportación excluía cualquier acción concreta contra los países socialistas (aunque de hecho la CCE comenzó a dar pasos en la dirección deseada por el gobierno norteamericano). También se sintió defraudado por Haig; el presidente creía que había una transacción en firme entre su equipo y los gobiernos europeos en el sentido de que los EE.UU., no obstaculizarían más la construcción del gasoducto a cambio de un compromiso europeo de limitar y endurecer los créditos a la URSS. Cuan-

do comprendió que este compromiso no se había realizado, se debió sentir engañado y procedió de nuevo contra la construcción del gasoducto, afectando esta vez a subsidiarias de compañías norteamericanas que operan fuera del territorio de los Estados Unidos y, lo que es más grave, a compañías no norteamericanas que fabrican, bajo licencia de compañías norteamericanas, equipos para el gasoducto. De las muchas e intensas críticas que los gobiernos europeos han dedicado a la decisión de Reagan y a toda su estrategia de "guerra económica" cabe destacar las del gobierno de Gran Bretaña, el más aliado de los aliados y el más próximo a la filosofía política de Reagan. La señora Thatcher ha respondido de palabra y de hecho, declarando que con una acción que tiende a impedir el cumplimiento de contratos plenamente legales cuando se firmaron, los EE.UU. no pueden ser "partes confiables" en futuros contratos y aplicando una ley sobre protección de comercio internacional que hace imposible la aplicación de la legalidad norteamericana a empresas que operan en el Reino Unido (porque eso es lo que pretende hacer el presidente Reagan, en contra de la práctica jurídica que se estila en los mismos Estados Unidos).



Lo más probable es que la disputa conduzca a un compromiso del tipo que Reagan creyó ya concluido en los preparativos de la cumbre de Versailles: el gaseoducto seguirá adelante a cambio de que los créditos a los países socialistas sean restringidos y endurecidos y probablemente, como proponía *The Economist* de Londres, que los aliados de la OTAN se pongan de acuerdo para limitar el comercio con los países socialistas. Siempre que se han enfrentado los EE.UU. con sus aliados europeos, aquéllos han llevado las de ganar. El gaseoducto, la dimisión de Haig, los impuestos a la importación de acero europeo, los tipos de interés, la constante revaluación del dólar, la cuestión de Líbano... Nunca han estado tan bajas las relaciones entre EE.UU. y Europa occidental. Esto no es bueno para el imperialismo y, por eso mismo, no hay que esperar que continúe

por mucho tiempo o que continúe agravándose. Aunque también hay que considerar la mentalidad aislacionista, más vigorosa en tiempos de crisis económica, de los llamados "gaullistas californianos", que, dando por supuesto la lealtad interesada de los europeos a Norte América, desconfían y desprecian a sus aliados en la búsqueda prioritaria de sus intereses nacionales y en la confrontación con su enemigo principal. Los europeos están bravos; en estas circunstancias se pueden esperar al máximo gestos como el de Mitterrand, vendiendo a los sandinistas unas armas que los EE.UU. habían conseguido que no vendieran... Pero tampoco hay que hacerse muchas ilusiones sobre la capacidad de los europeos para enfrentarse con los EE.UU., sobre todo en tiempos de crisis.

L.M.

